

Agatha
Christie[®]

LA
MUERTE
VISITA AL
DENTISTA

booket

Agatha Christie

La muerte visita al dentista

Traducción de C. Peraire del Molino

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *One, Two, Buckle My Shoe* © 1940 Agatha Christie Limited. Todos los derechos reservados.

El logo del monograma de AC y el icono de Poirot son marcas comerciales y AGATHA CHRISTIE, POIROT y la firma de Agatha Christie son marcas registradas de Agatha Christie Limited en el Reino Unido y en otros lugares. Todos los derechos reservados.

Iconos Agatha Christie Copyright © 2013 Agatha Christie Limited. Usados con permiso

Agatha Christie®

Traducción de C. Péraire del Molino
© Editorial Planeta, S. A., 2018
Avinguda Diagonal, 662, 6.ª planta. 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Publicado de acuerdo con Grupo Planeta Argentina S.A.I.C.

Diseño de la cubierta: Booket / Área Editorial Grupo Planeta
Ilustración de la cubierta: © David Sierra
Primera edición en Colección Booket: julio de 2018

Depósito legal: B. 13.416-2018
ISBN: 978-84-670-5300-5
Composición: La Letra, S. L.
Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S. L.
Printed in Spain - Impreso en España

Capítulo 1

Uno, dos, abróchame el zapato

I

Mr. Morley no estaba de muy buen humor aquella mañana.

Se quejó de la calidad del jamón y del café, diciendo que tenía aspecto de barro líquido y que las frutas eran peores en cada desayuno.

Mr. Morley era un hombrecillo menudo, de mandíbula enérgica y barbilla retadora. Su hermana, que administraba la casa, era una mujer alta, bastante parecida a un granadero. Mirando pensativa a su hermano, le preguntó si había vuelto a encontrar el baño frío.

Mr. Morley, de mala gana, dijo que no.

—El gobierno parece que pasa de un estado de incompetencia a otro de positiva imbecilidad —comentó leyendo el periódico.

Miss Morley dijo con su voz profunda y grave:

—¡Es vergonzoso!

Como la mujer siempre había reconocido el poder del gobierno, quiso que su hermano le explicara exactamente *por qué* la política actual era imprecisa, idiota, imbécil y francamente suicida.

Cuando Mr. Morley hubo explicado aquellos puntos, se tomó otra taza del café injuriado, arrepintiéndose de su anterior injusticia.

—¡Estas muchachas —dijo— son todas iguales! ¡Informatales, egoístas; quieren ser independientes!

Miss Morley le miró interrogadoramente.

—¿Te refieres a Gladys?

—Acabo de recibir este aviso. Su tía ha sufrido un ataque y ha tenido que ir a Somerset.

Miss Morley dijo:

—Es muy lamentable, querido, pero, después de todo, ella no tiene la culpa.

Mr. Morley meneó la cabeza tristemente.

—¿Y cómo sé yo que su tía ha sufrido un ataque? ¿Quién me dice a mí que no ha sido todo tramado por ella y ese jovencuelo indeseable que la acompaña? ¡Ese muchacho es de lo peor que he visto! Entre los dos deben haber planeado esta escapatoria.

—Oh, no, querido. No creo que Gladys hiciera una cosa así. Siempre has dicho que es muy escrupulosa.

—Sí, es cierto.

—Y muy inteligente y diestra en su trabajo.

—Sí, sí, Georgina, pero eso era antes de que apareciera ese indeseable. Está muy cambiada... por completo... Abs-traída, trastornada, nerviosa.

La mujer exhaló un profundo suspiro.

—Al fin y al cabo, Henry, llega un momento en que todas las muchachas se enamoran. Es inevitable... y necesario a la vez.

Mr. Morley alzó la voz.

—Pero no debería dejar que afectase su eficiencia de secretaria. Y precisamente hoy que estoy tan ocupado. Tengo varios pacientes muy importantes. ¡Es *demasiada* molestia!

—Para ti ha de ser fastidioso. A propósito, ¿cómo se desenvuelve el nuevo botones?

Morley respondió de mal humor:

—Es de los peores que he tenido. Es incapaz de recordar un solo nombre por sencillo que sea, y tiene unos modales de lo más groseros. Si no mejora tendré que

echarle y probar otro. No comprendo los resultados de la educación de hoy en día. Salen una colección de inútiles que no comprenden nada de lo que dices, y ni siquiera lo recuerdan.

Miró su reloj.

—Debo marcharme. Tengo la mañana completa y he de sacar tiempo para atender a Mrs. Sainsbury Seale. Le sugerí que viera a Reilly, pero no quiso ni oírme.

—Claro que no —dijo Georgina fielmente.

—Reilly es muy competente, mucho. Diplomas de primera clase y muy al día en su trabajo.

—Le tiembla el pulso —dijo miss Morley—, yo creo que *bebe*.

Su hermano se echó a reír, recobrando su buen humor.

—A la una y media vendré a tomar un bocadillo como siempre.

II

En el hotel Savoy, Mr. Amberiotis, con el ceño fruncido, escarbaba sus dientes con un palillo.

Todo iba bien.

La suerte le acompañaba como de costumbre. Y pensar que un puñado de palabras amables dedicadas a aquella mujer estúpida fueron tan espléndidamente recompensadas. Oh, bien... *echa tu pan sobre las aguas*... Él siempre había sido un hombre bondadoso. ¡Y generoso! En el futuro podría serlo aún más. Se imaginó haciendo buenas obras. El pobre Dimitri... y el buen Constantinopolus luchando por sacar adelante su restaurante... ¡Qué agradables sorpresas iba a darles!

El mondadientes de Mr. Amberiotis siguió escarbando sus encías descuidadamente hasta que se hizo daño. Las ensoñaciones se desvanecieron para dar paso a las preo-

cupaciones del presente inmediato. Acarició la parte dolorida con la lengua. Sacó su librito de anotaciones. *A las doce. Queen Charlotte Street, número 58.*

Quiso recobrar su estado de ánimo anterior sin conseguirlo. El horizonte se limitaba ahora a estas ocho escuetas palabras:

Queen Charlotte Street, número 58. A las doce.

III

En el hotel Glengowrie, en South Kensington, acababa de concluir el almuerzo. En el vestíbulo, miss Sainsbury Seale charlaba con Mrs. Bolitho. Eran vecinas de mesa en el comedor y se hicieron amigas al día siguiente de la llegada de miss Sainsbury, una semana atrás.

Miss Sainsbury Seale estaba diciendo:

—¿Sabes, querida? Ya no me duele. Ni una punzada. Me parece que voy a telefonar...

Mrs. Bolitho la interrumpió.

—Vamos, no seas tonta. Ve al dentista y *acaba de una vez.*

Mrs. Bolitho era una mujer alta y autoritaria, de voz profunda. Miss Sainsbury Seale tendría unos cuarenta años, y sus cabellos teñidos formaban bucles descuidados. Sus vestidos eran holgados, aunque bastante elegantes; y sus gafas sujetas sólo sobre la nariz siempre se le caían. Era una gran conversadora.

Le decía con animación:

—Pero es que en realidad no me duele *nada.*

—¡Qué tontería! Me has dicho que apenas dormiste anoche.

—No, no dormí, es verdad; pero quizá ahora el nervio esté *muerto.*

—Razón de más para ir al dentista —afirmó Mrs. Boli-

tho—. Todos queremos librarnos por cobardía. Es mejor que te decidas *y acabes de una vez*.

Algo pugnaba por salir de los labios de miss Sainsbury Seale en un susurro: «Sí, pero el diente no es tuyo». En cambio sólo dijo:

—Creo que tienes razón. Y Mr. Morley es un hombre muy cuidadoso y nunca hace daño a *nadie*.

IV

La reunión de la Junta Directiva finalizó habiendo transcurrido sin incidentes. El informe fue bueno, sin ninguna nota discordante, aunque el sensible Samuel Rotherstein percibió algo poco habitual en el presidente.

Una o dos veces había empleado un tono áspero, completamente innecesario.

¿Alguna preocupación interna? Quizá. Sin embargo, Rotherstein no podía relacionar a Alistair Blunt con alguna preocupación. Era un hombre insensible, netamente inglés.

Siempre cabía la posibilidad de que tuviera molestias de hígado. A Mr. Rotherstein le atormentaba de vez en cuando, pero nunca oyó quejarse a Alistair de aquella dolencia. Su salud era tan buena como su cerebro para las finanzas.

Y a pesar de todo... había algo... un par de veces el presidente, llevándose la mano a la cara para apoyar en ella su barbilla (cosa rara en él), pareció... sí, *distráido*.

Al salir del salón de juntas empezaron a bajar la escalera.

Rotherstein dijo:

—¿Puedo llevarle a su casa?

Alistair Blunt sonrió meneando la cabeza.

—Mi coche está esperándome. —Miró su reloj—. No

vuelvo a la ciudad. A decir verdad tengo cita en casa del dentista.

El misterio estaba aclarado.

V

Hércules Poirot, después de apearse del taxi y pagar al conductor, pulsó el timbre del número 58 de Queen Charlotte Street.

Tras un corto intervalo abrió la puerta un muchacho pelirrojo, de cara pecosa, vestido con el uniforme de botones.

Hércules Poirot habló:

—¿Mr. Morley?

En su interior albergaba la ridícula esperanza de que Mr. Morley hubiera tenido que salir, estuviese indispuesto y no visitase aquel día... Todo en vano. El botones se hizo a un lado y Hércules Poirot tuvo que entrar en la sala. La puerta se cerró tras él como una sentencia inapelable.

El botones preguntó:

—¿Su nombre, por favor?

Poirot se lo dijo, y el muchacho, tras abrir una puerta a la derecha del vestíbulo, le hizo pasar a la sala de espera.

Era una habitación amueblada con buen gusto y, según opinión de Hércules Poirot, muy lúgubre. Sobre la bruñida mesa, imitación Sheraton, se encontraban revistas y periódicos cuidadosamente colocados. En un mueble dos candelabros plateados. Sobre la chimenea un reloj y dos jarrones de bronce. Las ventanas estaban ocultas por cortinas de terciopelo azul, y las butacas tapizadas de un tejido de dibujo jacobino con pájaros y flores.

En una de ellas se encontraba sentado un caballero de aspecto marcial con un fiero mostacho y rostro amarillen-

to. Miró a Poirot como quien contempla un insecto dañino y quisiera tener a su alcance un pulverizador con insecticida. Poirot, observándole con disgusto, se dijo: «En verdad, algunos ingleses son tan desagradables y ridículos que deberían librarlos de su miseria en el momento de nacer».

El militar, concluida su larga contemplación, giró su silla para evitar mirar a Poirot y se puso a leer el *Times*.

Poirot a su vez cogió el *Punch*.

Fue leyéndolo detenidamente, pero no encontraba gracioso ninguno de los chistes.

El botones entró preguntando: «¿El coronel Arrowbumbly?». Y el militar salió tras él.

Poirot se puso a pensar en las posibilidades de que se llamara así efectivamente, cuando se volvió a abrir la puerta para dar paso a un hombre de unos treinta años.

Mientras el recién llegado removía nervioso las revistas, Poirot pudo verle de perfil. Un hombre desagradable y peligroso, pensó; un posible asesino. Sea como fuere, tenía un aspecto más criminal que todos los que el detective había arrestado durante el curso de su carrera.

El botones abrió la puerta y dijo:

—¿El señor «Piriot»?

Considerando que habría querido pronunciar su nombre, Poirot se levantó. El muchacho le condujo otra vez al vestíbulo y de allí a un reducido ascensor, en el que llegaron al segundo piso. Siguieron un pasillo hasta la puerta de una pequeña antesala. El botones golpeó con los nudillos una segunda puerta y sin esperar respuesta la abrió para que entrase Poirot.

Al entrar oyó el rumor de un grifo abierto, y cruzando la puerta, encontró a Mr. Morley lavándose las manos con placer profesional en un lavabo adosado a la pared.

En las vidas de los grandes hombres hay ciertos momentos humillantes. Ningún hombre es un héroe para su criado, se dice, y a esto hay que añadir que muy pocos se consideran héroes en el momento de visitar la consulta de un dentista.

A Hércules Poirot le constaba este hecho.

Era un hombre acostumbrado a tener buena opinión de sí mismo. Él era Hércules Poirot, superior en muchos aspectos a los demás mortales; pero, sin embargo, en aquel momento era incapaz de sentirse superior a ninguno. Su moral estaba bajo cero. Constituía tan sólo la imagen vulgar, cobarde, del hombre asustado ante el sillón del odontólogo.

Mr. Morley había concluido su lavatorio y le hablaba con su amabilidad profesional.

Le llevó hasta el punto temido... ¡El sillón!

Hércules Poirot aspiró profundamente antes de sentarse y apoyar la cabeza para que Mr. Morley la acomodara a la altura conveniente.

—Bueno —dijo Mr. Morley con vivacidad—; ¿está usted cómodo? ¿De verdad?

Con voz sepulcral Poirot dijo que estaba perfectamente.

Mr. Morley acercó al sillón una mesilla auxiliar, cogió su espejo y una herramienta preparándose para su trabajo.

Hércules Poirot, cogido con fuerza a los brazos del sillón, cerró los ojos y abrió la boca.

—¿Le duele algo? —preguntó Mr. Morley.

De forma bastante confusa debido a la dificultad de pronunciar las consonantes teniendo la boca abierta, Hércules Poirot dijo que no le dolía nada en especial. Ésta era la segunda visita anual que su orden y meticulosidad le exigían dedicar al cuidado de su dentadura. Era muy pro-

bable, claro está, que no tuviese nada. Podría ser que Mr. Morley no viese la segunda muela del maxilar inferior que le había dado aquellos pinchazos... *Podría ser*, pero no era probable, ya que Mr. Morley era un buen dentista.

Mr. Morley iba examinando lentamente su dentadura, golpeando y tanteando, comentando al mismo tiempo:

—Este empaste está algo gastado: no es nada importante. Las encías las tiene muy bien...

Una pausa. ¿Algo sospechoso? No; falsa alarma. Uno, dos... ¿No pasa al tercero? No. «El perro ha visto al conejo», pensó Poirot, refiriéndose de forma inexacta a un conocido modismo.

—Aquí hay algo. ¿No le ha dolido? ¡Uf, me extraña!
La prueba continuó.

Al fin Mr. Morley se apartó, satisfecho.

—Nada en particular. Sólo un par de empastes y un principio de caries en esta muela. Podré arreglárselo todo ahora.

Presionó un interruptor y se oyó un zumbido. Mr. Morley levantó el torno para ajustar una fresa con gran cuidado.

—Guíeme —dijo sencillamente, y se dispuso a trabajar.

A Poirot no le fue necesario hacer uso de su advertencia, ni levantar la mano, ni siquiera gritar, pues en el momento preciso Mr. Morley detenía el torno, le daba la breve orden: «Enjuáguese», pasaba un hilo y escogía otra fresa para continuar. El torno produce más miedo que dolor.

Mientras Mr. Morley preparaba el empaste, reanudaron la conversación.

—Esta mañana tengo que hacerlo yo mismo —explicó—. Miss Nevill ha tenido que ausentarse. ¿Recuerda a miss Nevill?

Poirot asintió sin acordarse.

—Ha tenido que marcharse al campo a causa de un pariente enfermo. Estas cosas *siempre* ocurren en días de

mucho trabajo, y hoy voy algo retrasado. El paciente que le ha precedido ha llegado tarde. Es de lamentar. Me estropea toda la mañana. Y además, tengo que admitir a una clienta más porque tiene mucho dolor. Siempre reservo un cuarto de hora para estos casos. A pesar de eso, tendré que apresurarme.

Mr. Morley revolvía en el pequeño mortero. Luego prosiguió su discurso:

—Voy a decirle algo que he observado, monsieur Poirot. Las personas importantes siempre llegan a tiempo, nunca hacen esperar. Los reyes, por ejemplo, siempre son puntuales y esos grandes hombres de la ciudad, lo mismo. Esta mañana espero a un señor rico, y de los más importantes... ¡Alistair Blunt!

Mr. Morley pronunció el nombre con voz triunfal.

Poirot, a quien varios trozos de algodón y un tubo de cristal colocado bajo su lengua impedían hablar, exhaló un sonido indefinible.

¡Alistair Blunt! Hombres como aquél eran los que entusiasmaban hoy en día. Ni duques, ni condes, ni primeros ministros. No. Sencilla y llanamente Mr. Alistair Blunt. Un hombre de rostro desconocido para el público en general, cuyo nombre sólo aparecía en sencillos párrafos. Ningún ser excepcional. Sencillamente, un inglés desconocido, que estaba a la cabeza de la mayor compañía bancaria de Inglaterra. Un hombre inmensamente rico, que decía «sí» o «no» a los gobiernos y llevaba una vida sosegada y discreta, sin aparecer jamás en ninguna tribuna pública ni pronunciar discursos. Sin embargo, en sus manos tenía el poder supremo.

Mr. Morley continuaba empleando un tono reverente mientras rellenaba su muela.

—Siempre acude a sus citas con puntualidad. A menudo despide su coche y regresa a pie a su despacho. Es un ser afable, sosegado y modesto; aficionado al golf y a su

jardín. Al verle nunca creería que puede comprar media Europa. Es como usted o como yo.

Por un momento, Poirot se sintió ofendido. Mr. Morley era un buen odontólogo, eso sí; pero existían otros buenos dentistas en Londres. En cambio, Hércules Poirot sólo había uno.

—Enjuáguese, por favor —dijo Mr. Morley—. Ésta es la réplica a sus Hitler, Mussolini, y todos los demás —continuó Mr. Morley emprendiendo otra muela—. Aquí no armamos tanto alboroto. Fíjese en nuestro rey y nuestra reina, qué democráticos son. Claro que un francés como usted, acostumbrado a la idea republicana...

—*Ya na say francés. Ya..., say... say... elga* —pronunciaba Poirot con la boca dilatada, inmóvil.

—¡Cállese! —le ordenó Mr. Morley—. La cavidad debe estar seca. —Y siguió inyectando aire caliente.

Luego prosiguió:

—No creía que fuese usted belga. ¡Qué interesante! Siempre he oído decir que el rey Leopoldo es un hombre extraordinario. Soy partidario de la tradición de la realeza. Ya sabe usted la educación que reciben. Fíjese con qué facilidad recuerdan nombres y rostros. Yo mismo, no puedo acordarme de los nombres, pero nunca olvido una cara. Por ejemplo, el otro día vino un paciente a quien había visto antes. El hombre no me decía nada, pero me dije en el acto: «¿Dónde le he visto antes?». Aún no lo he recordado, pero ya me acordaré. Estoy seguro. Enjuáguese otra vez, la última.

Poirot bebió un trago de agua y la retuvo buen rato en la cavidad bucal.

Una vez le hubo obedecido, Mr. Morley exploró la boca de su paciente.

—Bien; creo que está todo arreglado. Cierre la boca... ¿Qué tal? No nota el empaste, ¿verdad? Ahora ábrala otra vez. Gracias.

Retiró la mesa e hizo girar la silla.

Hércules Poirot se levantó, sintiéndose un hombre libre.

—Bueno, adiós, monsieur Poirot. Espero que no descubra a ningún asesino en mi casa.

El detective repuso con una sonrisa:

—Cuando venía todos me parecían criminales. ¡Ahora puede que sea distinto!

—¡Oh, sí! Hay una gran diferencia entre antes y después. De todos modos, los dentistas ya no somos tan diabólicos como antes. ¿Quiere que le pida el ascensor?

—No, no; bajaré andando.

—Como guste. El ascensor está junto a la escalera.

Al cerrarse la puerta se oyó correr el agua del grifo.

Bajó los dos tramos de escalones. Al llegar al último peldaño vio salir al coronel angloíndio. No era mal parecido. Seguramente sería un buen tirador y habría matado a más de un tigre. Un hombre útil, una avanzada del Imperio.

Se fue a la sala de espera para recoger el sombrero y el bastón que había dejado allí. El inquieto muchacho todavía estaba allí, cosa que le extrañó. Un nuevo paciente, otro caballero, leía el *Field*.

Poirot observó al primero con el espíritu mejor dispuesto que antes. Aún conservaba su aspecto fiero (como si quisiera matar a alguien), pero no como un criminal, pensó Poirot. Sin duda, aquel joven bajaría luego la escalera feliz y sonriente sin desear mal a nadie.

El botones entraba para anunciar muy decidido:

—Mr. Alistair Blunt.

El hombre próximo a la mesa dejó sobre ella el *Field* al levantarse. Era un hombre bien vestido, ni gordo ni delgado, de edad y estatura medianas.

Salió tras el botones.

Uno de los hombres más ricos y poderosos de Inglaterra, que, sin embargo, tenía que visitar al dentista como

cualquier otro, y que sin duda sentía lo mismo que los demás.

Estas reflexiones pasaron por la mente de Hércules Poirot mientras, tras coger su sombrero y bastón, se dirigía a la puerta.

En el vestíbulo se detuvo ante el espejo para atusarse el bigote, ligeramente despeinado a causa de las manipulaciones de Mr. Morley.

Acababa de arreglarse cuando el ascensor descendió de nuevo y el botones salió del fondo del recibidor silbando algo incongruente. Se cortó en seco al ver a Poirot y fue a abrirle la puerta.

Ante la casa acababa de detenerse un taxi del que sobresalía el pie de quien iba a bajarse. Poirot la contempló con galante interés.

Un tobillo bonito, enfundado en una media de buena calidad, no es despreciable. El zapato no le gustaba. Modelo nuevo de charol con una hebilla reluciente. Meneó la cabeza. No era elegante, sino provinciano.

La dama se bajó del coche, y al hacerlo se enganchó el otro pie en la puerta y la hebilla saltó tintineando sobre la acera. Poirot se adelantó a recogerla, devolviéndosela con una inclinación.

¡Cielos! La mujer que le dio las gracias estaba más cerca de los cincuenta que de los cuarenta años. Anteojos sujetos sobre la nariz. Cabellos descoloridos, poco cuidados... Ropas holgadas. Dejó caer sus lentes y luego su bolso.

Poirot, por amabilidad, ya que no por galantería, se los recogió.

Ella subió los escalones del número 58 de Queen Charlotte Street, y Poirot interrumpió al taxista en la contemplación de la escasa propina recibida.

—¿Está libre, *hein*?

El conductor repuso de mala gana:

—¡Oh, sí, estoy *libre*!

—Yo también —dijo Hércules Poirot—. ¡Libre de cuidados!

Observó el aspecto asombrado del taxista.

—No, amigo, no estoy borracho. Es que acabo de ver al dentista y no necesito volver en seis meses. Es una sensación muy agradable.